



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

CÉSAR JALÓN

Sección vermouth.

DIEGO SAN JOSÉ

La «Bubilla».

MANUEL DOMINGUEZ

Los bailes clásicos: «El Clavel Encarnado».

FANDOR

Indiscreciones galantes: Pepita Ramos, la «Goyita».

ANGEL VERGEL CADENAS

Tríptico.

D. GUANSÉ SALESAS

Del ensueño á la vida.

FIDEL PRADO

Películas madrileñas: Las futuras «estrellas».

TINO, MATEOS, BÉTICO,
CHER Y MENORVarios dibujos y retrato de
Conchita Cayuela.

CONCHITA CAYUELA

Popular y simpática artista de "variétés", que, después de una brillante "tourné", por Egipto, ha reaparecido en el Salón Madrid.

5 céntimos



Informaciones serias:—Paquita Escribano, «estrella».-Paquita, prometida de Gaona.—Esperando el desembarco de Paquita.

No pretendo enmendar la plana—una plana por la que habrán pagado muy «buenos cuartos» las artistas que en ella figuran como «estrellas» del arte contemporáneo—a la «Tribuna Artística», de Barcelona, única en su género, que por sí y, sobre todo, «para sí», hace y deshace «estrellas» como el mismísimo Dios del cielo.

Voy á decir, con la venia de los «eminentes críticos» del chispeantísimo «decenario» catalán, que Paquita Escribano es una excelente artista de

«varietés» porque no la da la realísima gana de serlo de género más serio, ya que la sobran condiciones desde todos los puntos de vista.

Emilia Benito podrá ser, con su voz de carretero mal impostada, sus toscos ademanes y su «falta» de «tablas» y «exceso» de «tablado», podrá ser, ya que la «Tribuna» lo dice, una estúpida «estrella». Y Vicenta Vargas y otras muchas que no se gastan el dinero en alimentar bocas de ganso, no serán, ya que no lo dice la «Tribuna Artística»—ni ellas lo han dicho ni lo han pensado jamás—, no serán «estrellas» y sí modestas artistas muy aceptables.

Bien. Pues decía que, con permiso de la «Tribuna», Paquita Escribano es una excelente artista; pero una desgraciada heroína de novela cuando

los periodistas bonaerenses se empeñan en hacerla tal heroína.

Júzguese, si no, por unos parrafitos de una de tantas «interviews» con los queridos plumíferos de allende los mares han sacado de dudas á los sudamericanos y á nosotros mismos.

✻

Copiamos de «La Crítica», periódico argentino de gran circulación, como los tangos:

«Paquita Escribano, dada su larga estadía en el Rosario, se ha hecho ya familiar; primero, su enfermedad; después, el pleito con su empresario, Rogelio Pérez, y, últimamente, su reaparición en el teatro de la Comedia...»

Esto ya pone en «claro» una cosa que valía la pena de que continuase en lo más «oscuro» posible; á saber: que para hacerse «familiar» en América es preciso nada menos que una enfermedad, luego un pleito y, últimamente, la reaparición en un teatro.

LA ESTÉTICA



—Tu cue, po me vendría á mí mejor que á ti.
—Hija, mucho decir es eso.

NO HAY CASO



Mateos

- Si nos sorprende mi marido, nos mata.
- Entonces, me voy.
- El caso es que esta noche no viene mi marido...

Yo, la verdad, excepción hecha de Loreto Prado, que conversa con el público desde el escenario y ríe sus propios chistes para que el público los ría, no sé qué familiaridad pueda deducirse de la actuación ante un público. Por lo menos he visto torear á Belmonte (desgraciadamente para mí) en gran número de corridas, y, no ya familiaridad, ni la más mínima confianza tengo con el popular fenómeno.

¿Se habrá hecho Paquita familiar de algún obispo? Ni mi religión ni la de ella me dan derecho á ese supuesto, y aun así no sé en qué hubieran podido influir para el acontecimiento ni la enfermedad, ni el pleito, ni menos la reaparición de Paquita en la Comedia, á no ser que el obispo en cuestión fuese asiduo del coliseo.

Poco después justifica «La Crítica», ó «Crítica», á secas, su «interview» con Paquita, diciendo:

«Paquita Escribano sale inmediatamente para España; su prometido, el matador de toros Rodolfo Gaona, ha sufrido un accidente en una plaza de toros de España; este detalle avivó aún más nuestro deseo de conversar con la tonadillera mimada del público...»

Y este es el parrafito que nos saca de dudas á los compatriotas de la genial artista.

Se decía que Gaona pisoteó la bandera y que no la pisoteó; que era prometido de Paquita y que no lo era; que con él se negaba á alternar «Josecito» y que no se negaba...

Lo que no se decía era que hubiese sufrido ningún grave accidente; pero lodice la «Crítica», y en paz...

Lo peor es que desde el «grave» accidente ocurrido á Gaona—no llegó, creemos, ni á guardar cama—ha transcurrido más de un mes, y Paquita no llega; mas no importa. La «Crítica» nos ha dicho que Paquita es prometida del torero, y nosotros pagamos, desde aquí, la noticia con esta otra: «El diestro mejicano sigue bien, dentro de la gravedad... de la ley de la gravedad.»

Todavía, antes de entrar en materia, dedica la «Crítica» un bombo á su

PREGONES



—¡Lo llevo más gordo que nunca!

fotógrafo, á quien llama hábil y experto porque «acertó á enfocar á Paquita y sus padres, dos viejitos muy simpáticos».

¡Tan difíciles son de enfocar los «viejitos»!

Conque «viejitos», ¿eh? ¡Si supiesen los redactores de la «Crítica» lo bien que canta la señorita Escribano la partitura de «La Viejita»!

Y al final de la «interview»—que de buena gana transcribiríamos—exclama el periodista argentino:

«Cuando nos despedimos de esta niña amable y reina de la tonadilla, ¿u- vimos envidia de Méjico... ¡Quién hubiera nacido en el país de Porfirio Díaz, y por ende torero!»

¡Cuántos españoles pensarán en Méjico todo lo contrario! Se conoce que á los bonaerenses y rosarinos les va muy

bien «chez» Porfirio Díaz, porque, de otro modo, con decir «¡Qué lástima que esta niña amable y reina de a tonadilla no me quiera á mí!», estaba el periodista del otro lado... ¡Y Gaona del otro!

✻

Por mi parte, venga cuando quiera, sea ó no verdad la referencia de «La Crítica», creo que tan pronto desembarque Paquita en España, en el mundo de «varietés» lucirá una «estrella» más, y eso iremos ganando, á cambio de una gran pérdida para los redactores de «Crítica» y para sus expertos y hábiles fotógrafos, que en adelante tendrán un «objetivo» menos para sus novelas.

CÉSAR JALON.

DE LA BUENA SOCIEDAD



—No sé con qué pagar las atenciones que usted y su hermanita me han dispensado.
—Pues nada más fácil, marqués; porque las dos cobramos lo mismo...

LA "BUBILLA,"

La «Bubilla» la decían porque, como este animalito, era bella y esbelta, que tenía la cara de muy buen parecer; doradas eran las hebras de su pelo como los rayos del Sol; verdes, los ojos, como la lujuria, y los labios, pálidos, como dos hojas de clavel marchito.

Agradable tenía la voz, que podía cantar en un coro de serafines; era maestra en letrillas, y una sabía más verdirroja que cuantas se oyen por el mundo desde que existen copleros.

Vistió siempre pulcramente, aunque tirando un poco al desgaire. Nunca usó «guardainfante» ni aun fontillo, por entender que son artefactos que amurallan el cuerpo y restan esbeltez á la figura...

Eran sus amistades, no sólo con gente de su condición, sino con personas bien quistas y de alto rango, entre las que privaba como presidente un vetusto consejero de Indias.

Diz que allá en su tierra (que á este punto no se me acuerda si fué la Alcarria ó Castilla) tuvo no sé qué entuerto de mala compostura con un sacristán de monjas (que, á lo que parece, un monasterio de monjas clarisas había en su misma aldea), y no hallando costurera que acertase á coreusir lo que había hecho jirones, tomó media docena de reales y un pequeño hato, en el que iban hasta dos camisas limpias y seis pañizuelos de narices, que á más bajo oficio podían descender en caso de apuro, y poniéndose en el camino real, á cuatro jornadas largas, embocó en Talavera de la Reina, villa insigne que une á sus nobiliarios timbres y su fama de rica el ser primada de las Españas en la religión sacratísima de Venus.

Apenas llegada, fuése á la ermita de Nuestra Señora del Prado, y, puesta de rodillas ante la santa imagen, pidióla con sinceras y abundantes lágrimas buena suerte en la nueva vida y pocos paros en el trabajo.

Fué, como quien dice, á velar sus armas.

Escuchóla la Santísima Madre del Redentor, y al mes y medio (sin haber estado en el hospital de las bubas más de quince días) pudo pasar á Lisboa, con la gavela tísica y anémico el pecho.

Allí fué más desdichada su suerte que la del turco en Lepanto, pues el exceso de trabajo exacerbó el mal, y entre la vida y la muerte anduvo cerca de un año.

Apenas pudo ponerse en camino partióse á Madrid y asentó por el Humilladero, y allí, casi honestamente (pues habíase edificado tanto que no había más de un amigo para cada día de la semana), hubiese acabado los suyos si

DEL DÍA 1.º



—Es este un día alegre para mí, porque la he conocido; y triste, porque tengo que cumplir la misión de llevar mi vela.

—Pues conmigo le esperaban á usted muchos días tristes...

no ocurriérasele, estando con el achaque, zambullirse en las aguas del río. Acometiéronle unas bascas tan grandes apenas la besó el líquido elemento, acrecentadas por el disgusto de ver que un pícaro se le alzaba con la ropa, que allí, después de haber sorbido medio «Manzanares», y más por la maldad que por la cantidad del agua, se deshojó la flor de su vida.

Y miren qué cosas más extrañas permite el Altísimo á la condición y natural que las personas suelen tener en vida: esta mujer, que por razón de su misericordioso oficio, nunca fué honesta é importósele una higa del mundo, tomó tanto poder en la hora suprema, que aun en su agonía diz que quedóle lucimiento para tornarse cara al agua porque el Sol no la mirase ciertas reliquias de cuando el hospital de las bubas. Y en esta guisa fuese río abajo, parándose al amor de unos sauces frondosos, que, al tender sus hojas melancólicas sobre aquel desnudo y manoseado cuerpo, parecían llorar la temprana muerte de la más honesta y nobilísima doncella que vivió en el mundo...

DIEGO SAN JOSE.

DE LA BUENA SOCIEDAD



—Y usted, marquesa, ¿qué haría con tal de tener un «auto» como el mío?

—Yo, nada; pero dejaría hacer á los demás...

DEDICATORIA



Mateos no me explica,
caros lectores,
qué es lo que me dedica,
si ella ó las flores.

Frescas ó lacias,
por ella y por las flores
le doy las gracias.

—
Soy, eso sí, lectores,
el «primavera»
que á que caigan las flores,
sentado, espera...
¡Que una mañana
me vería en su «sitio»

de buena gana!

LOS BAILES CLÁSICOS

"El Clavel Encarnado"

CUANDO el tranvía, á toda velocidad, subía la empinada calle de Santa Engracia, el «Finito», con un pie en el estribo y otro en el espacio, echó el cuerpo atrás con arrogancia, y se apeó en marcha; quedó tambaleándose unos segundos, y una vez repuesto el equilibrio, con paso firme y seguro se dirigió á una casa blanca y enjalbegada fachada con tres ventanas de reja, de cuyo interior emanaban los sonidos chillones y ensordecedores de un piano de manubrio. Era el baile denominado con el irónico nombre de «El Clavel Encarnado».

El «Finito», radiante de satisfacción y orgullo penetró en el baile. Aquella noche era una fecha gloriosa y transcendental de su vida aventurera y chulesca; bailaría en concurso, ostentando la representación del baile de Fuencarral contra «Pepe el Albañil», allegado al de la «Casa Grande de Vallehermoso».

Una vez que traspasó el dintel de la puerta, se dirigió al guardarropa; allí dejó la gorra á cambio de una chapa numerada.

—¡Hola, «Finito»! (le saludó el portero, respetuoso, con seriedad abrumadora y con la gorra con más galones que la de un capitán de navío, en la mano). ¡Qué! ¡«Habiyas» intenciones de dejar bien á Fuencarral?... ¡«Chavó»!... ¡Qué botas! ¡Son de «postín»!... ¡Como vas á bailar en concurso!...

—Con estos «pinreles» me «parto yo el pecho» con «Pepe el Albañil».

Dijo el «Finito» haciendo un mohín de indiferencia y desprecio.

—Ya «s'aplastao» en el ambigü el «Albañil»—contestó el portero.

—Con ese es con quien yo tengo «entablá la lucha»; pero le da miedo...: soy yo «muy grande», y él no baila ni «dos gordas»... Ni en Covarrubias, Costanilla, Rosa Blanca y Provisiones hay otro que resista doce giros de polca con los pies «ataos» como «mangue».

Y diciendo ésto se alejó, y á empujones entre la horda bullanguera y la algazara de la balumba y la zambra viciosa, atropellando á las parejas que encontraba á su paso, atravesó el am-

plio salón, de forma cuadrada, con paredes decoradas de pintarrajeado y tosco papel de tonos grises y espejos con molduras doradas, de cuyo techo, que sostenían cuatro gruesas columnas, pendían varias lámparas de metal adornadas con cadeneta y flores de papel de seda blanco, que proyectaban más iluminación y claridad al espacioso recinto.

En un rincón de la derecha se levantaba una tarima ó tablado, donde un

DEL CONFLICTO



—La guerra nos está dejando sin brazos. Desde hace un mes tengo que conformarme con los del sillón...

mozo joven, alto, con arrogancia y aire chulesco y pulsando la dorada manilla del piano con dos dedos solamente, algunas veces con la palma de la mano y otras con el codo, haciendo gala de sus habilidades en su manejo, arrancaba con monótona pereza y hastío las únicas notas de una habanera que invitaba al baile y despertaba ansias de amar, dilatándose en el espacio con la vaguedad de una musitación.

Su presencia causó admiración entre la chulería. Después, se puso á bai-

SIMBOLISMOS



—«Nosotros somos partidarios de la Verdad desnuda.» ¡Caramba! ¡Y yo, también!

lar con la «Rolliza», hembra pinturera y castiza del barrio de Chamberí.

En el ambigü, rodeado de todos sus amigos y compañeros de oficio, y sentados en torno de un velador repleto de vasos y botellas de bebidas embriagadoras, estaba «Pepe el Albañil».

—Allí tienes á tu contrincante «jaleándose» con la «Rolliza»—le insinuó su amigo el «Botines».

—Bueno, em'alegro, y dile que tome la somatose, porque le voy á «hacer un churro» girando á «torcis»...; baila «menda» un «rato largo»...—respondió retador «Pepe el Albañil».

—Y ¡qué! ¡Cuántos «jayeres» has «sacao» para la viuda?—le preguntó el «Manteca».

—Cerca de setenta pesetas... Ya las tengo en mi poder...

Y sonando las metálicas monedas con una mano en el interior del bolsillo del pantalón, exclamó:

—¡Chico, tráete una docenita de copas de lo blanco!

El «Albañil» había organizado un beneficio, no para con su producto correr una juerga ó borrachera, como tenía por costumbre, sino para socorrer á la desgraciada viuda é hijos de un infortunado compañero de oficio que, en una hora fatal, trabajando en una obra, perdió el equilibrio y cayó desde un andamio á la vía pública.

Ahora, unas cuantas monedas recogidas de todos sus compañeros y amigos, á cambio de un rato de diversión y baile, serían un consuelo á la tremenda situación de la triste viuda y huérfanos.

Fué una idea digna de elogio que la caridad anidó en el corazón de «Pepe el Albañil».

Como recuerdo de su iniciativa, él siempre guardaría orgulloso la siguiente invitación á la chulería postinera y alegre del Madrid bullicioso y sentimental.

«EL CLAVEL ENCARNADO»

Gran baile benéfico organizado por el conocido campeón del «tuesten» «Pepe el Albañil», el cual tiene el honor de dedicárselo á «Paco el Broncista», «Luis el Pelao» y su hermano «Rufino el Civil», «Faustino el Filipino», «Dionisio el de la Honda», y á todos sus amigos; al conocido novillero «Carreta Chico» y toda su cuadrilla; á «Blas el hijo del Guardia» y á sus primos, hermanos y parientes, así como á «Inés la Clorótica», «Irene la Rifadora», á «Celestina la de Jacometrezo» y todas sus niñas; á «Sole la del Vitriolo», camareras del Parnaso y todas las camareras del Humilladero; á «Encarna la Peinadora», á todas las que trabajan en la fábrica de pañuelos de Vallehermoso y á todo el que posea esta invitación.

A las once, concurso de baile por los afamados bailadores

El «Finito», por Fuencarral, contra

«Pepe el Albañil» por la Casa Grande.

El «Percebe Chico», por la Costanilla, contra el «Renegao», por Covarrubias.

Y el «Niño de los Gritos», por la Rosa Blanca, contra «Juan el Patillas», de Provisiones.

Al vencedor se le obsequiará con unas botas de lona, con puntera de cartón y caña de percalina.»

En los ámbitos del salón se oyeron estos apóstrofes é insultos:

—!«So chucha»! ¡Te voy á rajar la cara!...

—¡A mí, tú?... ¡«Gatillo»! ¡«Arrastrá»!... «Mia» que enamorarse de mi «chulo»!...

—Pero ¿has sacao patente del «Finito»?...

—No; pero es mi «hombre»...

—Pues que os «coma Ramón»... á ti y á él...

Así discutían la «Encarna» y la «Sole», dos chulillas madrileñas, de rostros macilentos, llenos de cicatrices y expresivos de una vida impura, ojos negros y grandes, orlados de profundas ojeras moradas como cardenales, y labios caídos y hastiados de besar... Ambas estaban completamente enamoradas del «Finito».

—El es un «pelanas», y tú una desmayá», que de buena gana cambiarías la falda por una taza de caldo...

Decía provocativa la «Sole» á su rival con gesto feroz de rabia, los brazos en jarras descansando en las caderas y los cabellos en desorden y al aire.

—Yo á ti te arañeo...—dijo la «Encarna».

Y, uniendo la palabra á la acción, se lanzó contra la «Sole», y sus uñas se clavaron con ira loca en las mejillas sonrosadas de su contraria.

Esta, con grandes ojos de lunática, repelía la agresión y se defendía á patadas, pufietazos y mordiscos.

La confusión era enorme. Todos los chulos caducos, anodinos ó vulgares, con mirada escrutadora de ciclope y gran satisfacción, contemplaban la batalla de las dos hembras feroces.

El «Finito» se reía y se mostraba orgulloso de su tipo y empaque chulesco, por el cual se pegaban las bravías.

Solamente uno se metió á separarlas. Fué el «Albañil»; pero la fiera y cólera de ellas pudo más, y dándole un empujón, cayó en tierra, entre la

chacota y mofa de sus amigos y camaradas.

Después, se apercibió un sonido metálico de rodar monedas por el encerrado suelo. Eran las pesetas producto del beneficio para socorrer la desgracia de la viuda y huérfanos del compañero del «Albañil».

Entonces, el «Percebe Chico», chulo íamélico, con mano temblorosa y cañalla, apagó la luz del salón, y, en las

DE LA GUERRA



—No te apures, tontia: la posición á que me destinan no es importante. ¿Para qué habían de bombardearla los alemanes?

—¿Para qué? ¿No hay allí ninguna catedral?

tinieblas, muchas manos se encontraron por el suelo en busca y captura de las codiciadas monedas bronceas y de plata.

Y de este modo terminó el baile y el beneficio, no de la pobre viuda, sino de la chusma infame, corazón de buena...

MANUEL DOMINGUEZ.

INDISCRECIONES GALANTES

PEPITA RAMOS «LA GOYITA»

ERA una niña ingenua. Un capullicillo que apenas despuntaba, brillante de colorido y rico en esencias; una aurora naciente, que ponía sus rayos de oro, que eran sonrisas, en la alegría falsa del «concert».

Delicadeza, sentimiento, sencillez había en sus canciones, y en sus labios infantiles los cuplés más pícaros parecían gracias de chiquilla mimada, que en su inconsciencia no comprende el alcance del mal.

Tenía admiradores, muchos; groseros admiradores de la niña-mujer, que, perversos, sienten la tentación del fruto prohibido, y admiradores sinceros, que ríen con las risas de los niños y sienten alegría y ternura en sus corazones ante la gracia de un capullo que parece flor. Y unos y otros la rendían el homenaje de sus miradas acariciadoras y de sus palabras blandas.

Pero Pepita Ramos, «La Goyita», sonriendo á todos con su boca roja, jugosa, fresca, como una fresa en sa-

zón, sólo tenía miradas y palabras para «el bohemio». El bohemio aristócrata, como su madre le llamaba en una rabia, y ella en una caricia. Muchas veces, en el «foyer» del «Petit Moulin Rouge», vieron nuestros ojos á esta artista, ingenua y alegre como una Primavera, cantar el dúo del amor en compañía del bohemio. El se miraba en los ojos grandes, rasgados, de ella, donde parecía flotar un amor infinito, una pasión con temores y ansias, y ella sonreía en una felicidad...

«Moulin Rouge», «Edén Concert», «Pompeya»; todos los conciertos de Barcelona saben de aquel amor temprano que floreció en la aridez de sus salas, templos del pecado, con toda la pureza de dos almas juveniles. Las compañeras, esas humildes artistas que no supieron del amor santo, murmuraban; su madre, que acaso veía un peligro para sus planes en el bohemio, le fingía amistad en una rabia, y la tía de la artista—todas las artistas niñas tienen madre y tía—sonreía maliciosa. ¡Ella tenía una visión espiritual tan distinta del mundo esplendoroso, donde agitaba sus alas ya marchitas!...

Pero la niña ingenua, toda castidad, la artista-capullicillo que despertó al amor en una alegría de su alma, no corrompida en el ambiente pecador donde florecía, siguió trenzando el ensueño de su vida con el áureo torzal de sus ilusiones.

Y Ezequiel Endériz, el poeta sensual y perverso, el cantor de la carne soberana, de las gallardías de la pasión inclemente y ardorosa, el bohemio aristócrata, «mi bohemio», como ella decía en una caricia de su boca fragante, que parecía besar, haciendo del posesivo amado un poema, fué su compañero en el país maravilloso del ensueño y supo entregarle su alma, roja como una tentación, revestida con el alba túnica del amor verdadero.

Fué el príncipe del país del oro, que incendió la albura de su alma, y puso una flecha en su corazón y una esplendidez de sensaciones en su espíritu.

LA AFICIÓN



—A nosotras nos gustan como al «fenómeno»: cuanto más «chicos», n' ehor.

—Y cuanto más «grandes», también. ¡Como la cuestión de pasar un rato...!

Por Cataluña entera, por Valencia, por Castellón, por innumerables pueblos llevaron «La Goyita» y Enderz su amor, encendido como una cimera gloriosa, envidia de los admiradores de la artista y gloria de sus corazones.

El Amor todopoderoso triunfó en la lucha con todos los enemigos de aquella pasión, hasta que un día...

Fué á la vuelta de Villanueva y Geltrú, adonde la artista, acompañada del bohemio, marchó en cumplimiento de un contrato. Volvieron separados; serio, sombrío, ese poeta sensual que lleva la melancolía en el rostro; triste, llorosa, ella, la niña ingenua, que acaso sufrió el primer dolor inmenso.

¿Qué pasó en Villanueva y Geltrú? Es un misterio.

A los pocos días, «La Goyita» trabajaba en el «Edén Concert» de Barcelona, y una noche el bohemio entró en aquel templo de la alegría, sin sonrisa triunfal en los labios como antes;

LOS SIN TRABAJO



—Hija, para esto, mejor estábamos en casa.

—Claro; y en casa diñamos que, para «aque- llo», mejor estábamos aquí.

GENEALOGÍA



—¡Mira que hacerte llan ar Madame Tutú!...

¡Siquiera yo llevo los apelli os de mis padres!

—¡Pero yo no puedo, porque sólo he tenido un padre!

llamó á la artista, y . . . solos, en el «foyer», conversaron...

Ella lloraba, y sus ojos, que al principio se clavaban miedosos en la puerta, luego se volvían implorantes, llenos de lágrimas grandes, inmensas, como los ojos mismos, al poeta, que, ceñudo, devolvía unas cartas. Ella se negó á aceptarlas; él se despidió cruelmente, correctamente, y oímos á ella:

—Me dejas; quieres dejarme; tratas de huir; pero no lo conseguirás... Te escribiré todos los días una carta, dos, cuatro, que serán tu tormento, que te perseguirán, recordándote mi amor... Y, al fin, volverás á mí...

Pero el dolor se aplaca, las heridas se cicatrizan, las promesas se olvidan y el amor muere...

¡Es tan deleznable la memoria!
¡Y tan traidor el corazón!...

FANDOR.

TRIPTICO

Medioeval.

Señora: con un necio crucé anoche mi espada porque atreviése—osado como todo villano— á llamaros ramera; y le dí una estocada, hundiéndole en el pecho mi espada ¡hasta la mano!

Creo, pues, que con ello quedaréis bien vengada de la ofensa que, aleve, es hizo un ente vano, y veréis que, en tocando á defenderos, nada me arredra, ni ante un duelo desigual me amilano.

Mi sangrante tizona á vuestros pies coloco, y por vuestra belleza, enamorado, loco, me veréis suspirando en vuestra celosía.

Que quien mata velando por vuestro honor, señora, ante un peligro avanza y ante una reja llora y le halla suspirando la clara luz del día.

Conveniencias.

Descomedido y necio me hallasteis una noche en que os dije—bien claro como toda verdad— que os amaba; y me hablasteis en tono de reproche, censurando altanera tamafia indignidad.

Pasó el tiempo; una noche paseabais en coche por las calles mugrientas de la vieja ciudad con un duque ó vizconde que, haciéndoos el fanteche, consiguió vuestra mano por una iniquidad.

Yo, que os amé, os lo dije con entera nobleza una noche, á vos sola, con gallarda ertereza, ¡y como era tan pobre mi amor, se despreció!

Y ese duque ó vizconde—cual todo caballero á quien hace correcto la estirpe ó el dinero— habló con vuestro padre, y ¡todo se arregló!

Mi historia.

Es mi historia en amores clámide de tristeza; escuchadme un momento, os la voy á contar: He corrido anhelante en pos de la belleza que una mujer brindara á mis ansias de amar.

Caminé, como el niño va tras la mariposa, sin sentir el cansancio: ¡tal era mi ilusión! Y hoy, al sentir la horrible punzada dolorosa del desdén, ha enfermado mi pobre corazón.

No encuentro el lenitivo de mis dolores crueles en el bálsamo dulce de néctares y mieles que encierran los livianos placeres del Amor.

Sólo endulza mi vida de hastío y amargura un retrato, que encierra la mágica figura de la mujer que, ingrata, produjo mi dolor.

ANGEL VERGEL CADENAS.

DEL ENSUEÑO A LA VIDA

La condesa de Reinosa no es una de estas mujeres que nos maravillan por su belleza excepcional y casi única, no; pero, en cambio, es una mujer brutalmente—así, brutalmente—de-seable. No sería, sin duda, el estético ideal de un artista poeta; pero podía ser: el ídolo de un epicúreo, de un enamorado del más bello y tentador de los siete pecados capitales. En sus ojazos negros y fosfóricos, parece arder el fuego devorador y extenuante de todos los pecados; sus labios son carnosamente sensuales, y rojos como dos ardientes llamaradas de lujuria; sus senos y sus caderas tienen una magnífica opulencia de ánforas...

Y luego tiene una charla encantadora y amena, y un reír sonoro y brujo que enloquece.

A su alrededor se ha formado una leyenda erótica y perversa, en la que se hermana la verdad con la malicia de las gentes.

Dicen que su alma, aventurera y pagana, busca en lo desconocido, en lo inesperado, en todo lo que sale de lo vulgar y corriente para acercarse á lo irreal y extravagante, el placer nunca gozado, la sensación emocionante y exquisita.

Julito Tarfe, apenas la veía, quedó como hechizado por el inquietante sortilegio de sus encantos tentadores.

Julito Tarfe es un adolescente pálido y bello; sus ojos febriles se hunden en profundas ojeras, trazadas por el vicio. Parece que una ardiente fiebre de deseos le devora y consume...

La gente sale del teatro. Julito, que ha sido de los primeros en salir, espera junto á la puerta que pase la condesa. Quiere que la seda de su vestido roce su cuerpo ansioso; quiere que le trastorne y embriague su delicado perfume, que transciende á mujer.

Por fin, sale ella, y, al pasar junto á él desliza una tarjeta en sus trémulas manos, y se aleja altiva y como desdeñando la general admiración. Al

andar, el rítmico mover de sus caderas es una tentación provocadora... Y, ya desde el automóvil, sus ojos miran intensamente á Julio con una mirada que es, á la vez, promesa y súplica. Este la contempla también embebido. La palidez de su rostro se ha hecho más intensa y hase acentuado la livor de sus ojeras.

Luego lee, emocionado, la perfumada y aristocrática tarjeta. «Le epero—dice—esta noche en mi casa.»

Su corazón da un vuelco enorme; por su cerebro pasa una sensación enloquecedora de alegría; y el deseo, como un fluido eléctrico, vibra en sus nervios. Por fin, iba á tener realidad aquella ilusión suya, extenuadora y voraz; por fin, iba á vivir sus mágicos ensueños.

Con paso fanfarrón y gallardo se apresura á acudir á la cita, como un Don Juan triunfador que va á consumir su galante aventura.

Pero una vez ante la puerta de la casa de su amada, se detiene; un pánico inmenso le acomete, y toda su arrogancia viene al suelo. Se siente pequeño y miserable, se cree ser un pobre pelele, un muñeco grotesco... Quiere pensar que algo valdrá cuando ha sido llamado; mas esta idea no puede cuajar en su cerebro. Sin embargo, nace

LAS «PEÑAS» DE LOS CAFÉS



De la orquesta del «Ideal Room» ha sido eliminado el que «esgrimía» el violón. Y es natural, porque, para eso, ya están allí los belmontistas «tocando el violón» á todas horas...

un esfuerzo supremo de voluntad, se sobrepone y llama...

Sus oídos zumban, zumban con un monótono ruido que remeda cuchicheos y risas burlonas. Entonces, su pánico aumenta, y decide marcharse... Pero la puerta se abre. Es la misma condesa quien ha abierto.

—Entra—dice su voz suave y cálida.

Y él estrecha, sin atreverse a besarla, una de sus manos de márfil y seda.

La condesa le hace pasar á un saloncito discreto, coquetón y perfumado. Y el pobre muchacha se refriega los ojos, creyendo, un instante complacido, es-

CHIQUILLOS BIEN EDUCADOS



—¡Esa señora tan guapa, es tu mamá?

—Sí, señor, y de usted.

tar bajo la influencia de uno de sus ensueños magníficos y voluptuosos. Pero, al convencerse de que todo es realidad, le invade otra vez pueril y vago mal-estar. Quisiera, como en los cuentos de magia, poseer un amuleto maravilloso para hacerse invisible y huir.

La condesa comprende su timidez, y para disiparla, empieza á charlar de mil cosas adorables y atrevidas. Pero

Julito ni oye: en sus oídos sólo zumba aquel cuchicheo y aquella risa burlona; y sólo responde incoherentes monosílabos: y ni se atreve á mirar á la condesa, porque se humedecen de lágrimas

sus ojos. Comprende que hace el ridículo, y esto le exaspera más y más. Un rubor de colegiala tímida é ingenua enciende su semblante.

A la condesa le hace mucha gracia aquella turbación del joven, y ríe con su risa fresca y deliciosa.

Poco á poco se le ha ido acercando. Están sentados en un mismo sofá—un sofá mullido y blando como lecho de plumas—, y la condesa, con impúdica desenvoltura, ha rodeado el cuello de Julito con sus ebúrneos brazos, que son como dos voraces serpientes de lujuria. Y le besa en la frente, y en los ojos, y... Pero Julito quiere rehuir su contacto, que le causa una vaga y extraña inquietud. Siente en su corazón una agonia infinita... Tiembla, y su temblor no es ese temblor delicioso del deseo, sino un temblor de muchacha histérica y medrosa.

Sin embargo, la condesa, presa de una fiebre de amor devoradora, no ve nada de eso, y se empeña en rendir su albedrío con caricias sabias de pecadora vil, caricias ardientes de amante enamorada, caricias ingenuas de novia...

Al fin, Julito, tras un esfuerzo violento, logró desprenderse de sus brazos, y gime su voz rota en un sollozo:

—¡No puedo, no puedo!...

Y la condesa se quedó despechada, mirando con rencor á aquel pobre adolescente, que, á fuerza de soñar, se inutilizó para vivir.

D. GUANSE SALESAS.

PELÍCULAS MADRILEÑAS

Las futuras «estrellas».

—Eso no lo trago yo aunque lo asevere el Papa.

¡Tú delirias, Nicanora!

¿Quién t'ha colao la patraña?

—Te digo qu'es la fetel,

y si no tienes legañas en los órganos visuales

y t'has lavado la cara

como prescribe l'higiene,

vete al «Ideal Kamama

cuando quieras, y verás

cómo es la historia sagrada

lo que te cuento.

—Será,

y quió creer tus palabras; pero me cuesta trabajo embuchar el que la Paca ha dejao el estropajo y s'ha lanzao á las tablas á ser moncupletista y á darle giro á las nalgas, cuando paece un palillero disfrazao con unas faldas.

—Será verdaz lo que dices, pero es más verdaz que baila, y triunfa, y tié azmiradores, y lleva güenas alhajas, y hay un conde que la viste, y hay un barón que la calza, y un lor que la monta en auto, diñándola pastizara, y un marqués que se enloquece toas las noches que trabaja. En fin, qu'está hecha una reina dende que s'echó á las tablas abandonando el fogón.

—Las hay que nacen d'espaldas y tién suerte.

—Pues si quieres que sea contigo franca, te diré: m'ha dao envidia la socia, y como estoy harta de servir á señoritas que se pegan y no pagan, m'he decidido á seguir el ejemplo de la Paca, y m'echo al tablao.

—¡ Del catre!

—No: del Ideal Kamama.
—Tú delirias, Nicanora.
—Nó lo creas, Policarpa.
Estoy ensayando ya una de cuplés qu'espantan por lo verdes.

—¡ Pué que sí!

—Ya lo verás la semana que viene, qu'es el debuz.

—Pero ¿es de verdaz?

—¡ Palabra!

Debuto con un cuplé que m'ha escrito el Gusarapa.

—¡ Cómo se titula?

—«¡ A ver

c'hacemos del cuerpo!»

—¡ Basta!

Ya sé lo c'haréis del cuerpo: un plantel de fregatazas, vestidas de lentejuelas, que nunca seréis criadas, ni cupletistas, ni na.

—¡ Es envidia?

—Son... ¡ naranjas!

Es qu'estás pa que te lleen á Leganés en tartana,

y en lugar d'un traje d'esos con lentejuelas de plata, te pongan una camisa de fuerza.

—Tómalo á guasa y búrlate, qu'es muy fácil que llegue el día mañana y lamentos no haberte hecho del «arte».

—¡ Quién? ¡ Yo?... ¡ Las ganas! Así c'a mí no me sobran mucha injundia y mucha gracia pa bailar, si yo quisiera, en los cines d'importancia. Pa ser del «arte» es preciso un algo c'a ti te falta.

—¡ El qué?

—¡ Menos asaúra para menearte en las tablas!

FIDEL PRADO.

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. B. Leonard, sucesor.

Rua Barao Sao Cosme,

OPORTO (PORTUGAL)

(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Las grandes orgías del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados.)—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, dirijanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. e Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS

HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid